

12 de septiembre de 2022 -- Lunes, 24ª semana del Tiempo Ordinario, año pares

[1 Cor 11, 17-26.33 ; Luc 7-1-10](#)

Homilía

La primera lectura, que procede de la 1ª carta de Pablo a Timoteo, contiene una de las afirmaciones teológicas más poderosas de Pablo, una afirmación que hay que tener en cuenta si queremos entender muchas otras afirmaciones de Pablo. Dice: "Dios, nuestro salvador, quiere que todos se salven y alcancen el pleno conocimiento de la verdad"...

Y el Evangelio que acabamos de escuchar es un buen ejemplo de ello. Nos da el ejemplo de alguien que no era judío ni seguidor de Jesús, pero que manifestó en su vida una fe que Jesús considera más grande que todo lo que ha encontrado en Israel.

Este centurión, oficial del ejército romano, era un hombre muy bueno. Era respetuoso con los judíos, cuya religión era diferente a la suya. Respetuoso hasta el punto de construir una sinagoga para ellos. Incluso había establecido una relación de amistad con los ancianos del pueblo judío, hasta el punto de que intercedieron por él ante Jesús. También tenía un siervo al que quería mucho. Es algo notable que un hombre tenga tanto amor por un siervo, hasta el punto de buscar todos los medios posibles para que se cure.

Este hombre ha oído hablar de Jesús; y como es un hombre bueno, le resulta evidente que Jesús es un verdadero profeta, que realmente tiene el poder de curar. Es un hombre inteligente y bien organizado. En primer lugar, sabe exactamente quién es y cuál es su posición. Tiene superiores sobre él y tiene soldados y sirvientes a su cargo. Obedece y es obedecido. Por eso cree que Jesús sólo tiene que dar una orden y su siervo quedará curado. Además, no quiere hacer perder el tiempo a Jesús, tanto más cuanto que él mismo no es uno de sus discípulos y, por tanto, no es digno de recibirlo en su casa. Así que envía a los suyos a decirle a Jesús: "No te molestes en venir; no soy digno; simplemente di una palabra y mi siervo quedará curado".

Jesús se asombra de semejante fe. De hecho, Jesús no sólo no va a la casa del centurión y no realiza ninguna señal, sino que no pronuncia ninguna palabra de curación. Se limita a comentar la fe del centurión. Y el siervo queda curado. En muchas otras curaciones relatadas en el Evangelio, Jesús dice a la persona que ha sido curada "Tu fe te ha salvado". Lo que curó al siervo del centurión fue la fe del centurión.

Todos tenemos en nuestro ser -tanto en nuestro cuerpo como en nuestro espíritu- enormes poderes curativos que nos fueron dados por el creador y que pueden curar la mayoría de nuestras enfermedades. La mayoría de estos poderes permanecen permanentemente sin explotar. Incluso a nivel físico, muchos de los medicamentos utilizados por la medicina no curan directamente, sino que simplemente liberan los poderes curativos presentes en nuestro organismo. Lo mismo ocurre a un nivel más profundo. Como vemos en muchos casos en el Evangelio, la fe en Jesús libera el poder curativo presente en la persona que implora la curación de Jesús.

Todos tenemos muchas heridas y mucha necesidad de curación. Pero Dios nos ha dado el poder curativo para sanar la mayoría de estas heridas. Sin embargo, este poder de curación debe ser liberado por la fe. Y lo maravilloso es que esto funciona no sólo para nosotros, sino también para los demás, como en el caso del Centurión, cuya fe procuró la curación de su querido siervo.

Pidamos al Señor que aumente nuestra fe para que nosotros, y todos aquellos con los que vivimos, seamos curados de todo lo que nos aleja de Dios o de los demás.